



BATALLAS ÍNTIMAS



BATALLAS ÍNTIMAS



Al ménos una vez en la vida, todos hemos hecho la prueba de reformarnos á nosotros mismos.

Todos tenemos en la memoria una tarde en que, volviendo á casa con el remordimiento de habernos conducido innoblemente con un amigo, indignados con nuestra pobreza de espíritu y más que nunca fatigados de la perpétua discordia de nuestra razon con nuestro corazon, nos hemos dicho:

—No, de esta manera no se puede seguir; esta vida de bajas pasiones, de contradicciones é injusticias debe acabar: es preciso cambiar de rumbo.

Y, naturalmente, los primeros con los que nos hemos propuesto reformarnos fueron nuestros amigos, porque presentaban la empresa más difícil.

—Sí, es preciso cambiar —nos hemos dicho;— ser con todos nuestros amigos como queremos que cada uno de ellos sea con nosotros; hacer todo lo que es honradamente posible para hacernos querer de todos; portarse de manera que se prevengan las malquerencias de los más tristes, reanimar todos nuestros buenos sentimientos, resistir á los descompuestos movimientos del orgullo, sofocar en su nacimiento todos los pensamientos malévolos, perdonar todo lo perdonable; ser en el corazón, en la mente, en las palabras, en los actos y en las maneras, en presencia de los amigos y en su ausencia; justos, generosos, indulgentes, delicados; ser, en fin, como siempre hemos deseado ser, como buscamos aparecer en nuestros buenos momentos y como pretendemos ser juzgados; reformarnos hasta lo más profundo del alma, y comenzar una nueva vida.

Y encariñados con esta idea, nos hemos fijado cierta norma de conducta, nos hemos hecho juramento solemne y hemos exclamado vigorosamente:

—¡Desde mañana!

Y al día siguiente, recogidas todas nuestras fuerzas, nos hemos lanzado en medio del mundo con aquellos propósitos en el corazón. ¡Quién no se acuerda de aquellos días, de la novedad de aquel estado de ánimo, de aquella curiosa espectación de

nosotros mismos en que estábamos, de los primeros amigos, abordados con inusitada delicadeza, los discursos deliberadamente benévolos y conciliadores, los primeros ímpetus de despecho reprimidos, las primeras burlas malignas contra los ausentes, detenidas en la punta de la lengua, las sensaciones desconocidas y confusas de aquella vida, contemplada casi fuera de nosotros mismos; y después, los olvidos momentáneos de nuestro propósito en medio de los trabajos y cuidados cotidianos; y el sublevarse inconsciente de las pasiones habituales, sofocadas por repentino recuerdo, y la primera realización de aquella benevolencia forzada, que, no encontrando correspondencia, prorumpía en secretos reproches violentos, domados también por la fuerza, todavía fresca, de nuestra resolución?

Vuelven aquellos días á la mente en medio de otros mil, como los pocos días serenos de una estación fría y lluviosa. Envalentonados por la primera victoria, abrimos nuestro corazón á desmesuradas esperanzas, teniendo casi como muerto el yo antiguo y como seguro el último triunfo.

Por cierto espacio de tiempo hemos hecho con nuestro corazón como hace el niño que se acerca al reloj al oído: experimentábamos un vivo placer en escudriñar nuestros sentimientos y en separarlos,

afanándonos por estirpar ó sofocar nuestras peores pasiones.

Era una preocupacion continúa. A cada momento se nos presentaban mil dudas. ¿Este sentimiento se podrá conciliar con nuestro propósito? ¿Este juicio será una broma inofensiva ó una injuria? ¿Esta sonrisa será un simple acto de cortesía ó un vergonzoso consentimiento de una calumnia? Y á cada sentimiento malévolo que no lográbamos sofocar, nos consolábamos diciendo:

—Al ménos no lo manifestaré—y á cada esfuerzo fatigoso que nos costase una palabra ó un acto de justicia, pensábamos para darnos ánimo:—Estos son los principios; en adelante, todo vendrá más fácil;—y cada vez que nos veíamos á punto de caer, nos repetíamos nuestro propósito, con las mismas solemnes palabras del primer día, las cuales confortaban nuestra alma y nos hacían levantar la frente.

Solo que, de día en día, el problema se iba ensanchando y ahondando por todas partes, presentándonosnos continuamente bajo nuevos aspectos hasta hacerse inmenso y oscuro. ¿Aquella benevolencia de propósito, no degeneraba, demasiado á menudo, en fingimiento hipócrita? Porque muchas veces estaba en la voz y en la palabra; pero no en el corazón. ¿Toda aquella fuerza que empleábamos en reprimir

los sentimientos malévolos, no estaba sustraída al ímpetu espontáneo de los sentimientos opuestos, como sucede en las obras de arte, que el cuidado puesto en descartar los defectos, es ardor arrebatado á la admiracion de la belleza? ¿Aquella igualdad indulgente y delicada en la que procurábamos mantenernos, no nos hacía injustos por otro lado, refrenando las nobles indignaciones y evitándonos los desprecios que son un deber?

A cada momento, analizando nuestra bondad, nos veíamos obligados á reconocer, con maravilla llena de sentimiento, que estaba compuesta en su mayor parte de pereza, de ambicion, de villanía, de complacencia, y que, practicándola no hacíamos más que esconder nuestros intentos y nuestros gustos; descubríamos que nuestra virtud no era más que un egoismo refinado; encontrábamos, subiendo á las fuentes de todo sentimiento más generoso, algo de que hubiera sido imprudencia vanagloriarse; veíamos por todas partes las líneas finísimas é inextricables de una red inmensa de hipocresía que habíamos urdido nosotros mismos, sin conciencia; y á fuerza de fijar los ojos de la inteligencia en aquellos infinitos secretos microscópicos del alma, se nos oscurecía la vista y se nos turbaba la razon.

Y entonces nos hemos acobardado de la altivez

de nuestra primera aspiración y hemos decidido reformarnos sin escudriñar demasiado en lo profundo, siguiendo sencillamente los primeros impulsos del corazón y las advertencias inmediatas de la conciencia, dejando de meternos en pruebas peligrosas para conservar la ilusión, que hubiéramos sabido vencer, buscando con preferencia aquellos amigos con los cuales nos era más fácil mantenernos en nuestros propósitos, esforzándonos por conservarnos siempre en un estado en el que, la excitación de la mente pudiera mantenerse en la fuerza de nuestro ánimo.

De este modo hubiéramos continuado por algún tiempo, volviendo á casa, unas veces vencedores, otras vencidos, algunas inciertos, sobre si debíamos ensoberbecernos ó avergonzarnos de nuestros actos; pero poniendo siempre más baja, de día en día, la mira de nuestro propósito, hasta que nos dejara solo, unas tras otras, todas las trabas del primer entusiasmo.

Y entonces nos encontraríamos caminando en la oscuridad ¿A qué aferrarse? ¿Dónde tomar impulso? Habíamos probado á recoger los restos todavía ardiendo de nuestra fé juvenil, y soplar para encender la llama; pero apareció ante nosotros y nos detuvo, espantados, el enorme problema de una religión personal. Habíamos buscado alcanzar la fuerza en un

entusiasmo de poeta por la belleza ideal de la bondad y de la justicia; pero no era más que un fantasma que se aparecía espléndido ó gris: aparecía ó desaparecía de hora en hora, según el estado de nuestro cerebro, de nuestros nervios.

Habíamos procurado fundar sobre la moral del interés personal:—"reconocer en el instinto, todo derecho y todo deber—trabajar por la felicidad propia—ser bueno, porque la bondad encadena los corazones, ser dulce, porque la dulzura atrae el afecto"; más era una ley que bastaba á mantenernos en el camino de la honradez, pero no á darnos la fuerza y el ardor de la bondad generosa y práctica. Y entonces intentamos confundir todas estas cosas en nuestra conciencia, ayudándonos, ora con una, ora con otra, según el momento, lo suficiente para sostenernos de algún modo, y nos hemos sonreído también por un breve espacio de tiempo.

¡Pero con qué terrible pena! Todo nos era hostil; nos parecía estar en lucha con el universo entero; el aire mismo estaba lleno de insidias; la tristeza y la vulgaridad común nos envolvían como polvo impalpable de venenosos insectos imperceptibles que respirábamos sin advertirlo y nos inficionaba.

Aun en los mejores momentos sentíamos temblar y

rugir dentro de nosotros mismos, allá en lo profundo, todos nuestros instintos y pasiones comprimidos, como fieras que hicieran sonar las cadenas, y nos parecía á cada instante que debían prorumpir, todos á la vez, en ímpetu de furor sanguinario. Y nos preguntábamos desanimados hasta cuándo debíamos sostener semejante batalla.

Pensábamos que hubiéramos tenido fuerza para vencer una sola vez, en cualquier más terrible prueba que se hubiera presentado; pero durar así toda la vida, esclavos de una idea, obligados á luchar sin descanso, como el prisionero condenado á vaciar el tonel en que sube el agua de minuto en minuto, era imposible.

Nos parecía que hubiéramos logrado nuestro empeño, si todos nuestros amigos hubieran intentado la misma prueba, al mismo tiempo, ó si hubiésemos podido cambiar de amigos y de pueblos y empezar otra vez; nos parecía que hubiéramos conseguido fácilmente nuestro deseo, en otro campo de vida, en una vida llena de acción, ancha, apasionada y práctica, ó cuando nos hubiéramos encontrado en lo alto, contemplados por cien mil ojos, en una de aquellas condiciones, sin las cuales la bondad es gloria y poderío.

Pero en aquella vida pequeña y tranquila, en la que la bondad no es más que de pensamiento y de

palabra y se confunde con la apariencia de bondad y la atención, y no tiene inspiraciones ni esplendores, y no es reconocida ni creída y exige una lucha oscura, silenciosa, pequeña, ingrata... ¡bahl la nuestra era una empresa superior á la fuerza humana. No solo no nos conquistaba la tranquilidad de ánimo, sino que la tempestad oculta, pero á punto de estallar, se embarracaba dentro con mayor pujanza, y sufríamos más agudamente, de no podernos mantener en lo alto, de lo que habíamos sufrido antes permaneciendo abajo.

Sin embargo... en aquel breve período de lucha, aunque flaca y desventurada, nos habíamos elevado á una altura de la cual nos acordábamos á menudo despues de haber bajado y habíamos experimentado satisfacciones intensas, que solamente apreciábamos despues de haber renunciado á ellas.

La idea de un porvenir lejano, en el cual, seremos mucho mejores de lo que ahora somos, está colocada casi por encima de la multitud humana, en una razón más pura, con una nueva conciencia y un nuevo horizonte al pensamiento; aquel fervor intelectual en el cual nos mantenía constantemente el análisis atento y sutil de nuestro corazón, la complacencia de notar en muchos de nuestros amigos las primeras señales, casi inconscientes de nuevo respeto y de nueva benevolencia para con nosotros; la alegría

de haber logrado domar con un esfuerzo poderoso ciertos deplorables ímpetus de nuestra naturaleza, ciertas horas de límpida serenidad de ánimo; ciertos estremecimientos de orgulloso gozo, que nacían del sentimiento de nuestra fuerza; todo esto era bello, noble, consolador. ¡Y nosotros lo habíamos arrojado todo!

Este pensamiento, después de habernos atormentado mucho, se nos hacía, al fin, un día insoportable, nos obligaba á dar un salto, indignados de nuestra abdicación, furiosos contra nuestra estupidez, resueltos á intentar la prueba, con todas las fuerzas del alma, á curarnos violentamente, sin remisión, sin piedad y sin tregua, á costa de dar diez años de nuestra vida; y aquella debía ser la última experiencia, fallida la cual nos hubiéramos despreciado hasta la muerte.

Pero ¡qué! Era el exceso mismo de nuestra presunción, esta vez, lo que nos perdía, porque á la más ligera trasgresión de nuestro propósito, nos abatíamos como por una gran caída y el más pequeño obstáculo nos hacía temblar de desdeñosa impaciencia y combatiendo, más por fuerza del orgullo que por virtud del corazón, no alcanzábamos más que alguna turbia y breve alegría en medio de cien esfuerzos inútiles.

Y nuestra resolución duraba lo que suele durar

un ímpetu de ira, y nos rebelábamos, con violencia tanto más brutal, cuanto era más dura la tiranía que habíamos intentado imponernos.

¡Pero cuán tristes eran siempre estas caídas! Era duro tener que reconocer que no teníamos la suficiente fuerza para seguir nuestra razón, y que aquel *yo* ideal que teníamos siempre delante, como esperanza y como promesa, no había sido nunca sino un fantasma de nuestro orgullo; y sentir que la bestia que creíamos haber destruido dentro de nosotros, levantaba la cabeza inmundada y triunfante, y volvía á decirnos:

—¡Eres mío!

Y buscábamos consuelo á aquel disgusto en el placer de aferrarnos desesperadamente á nuestra libertad, á nuestras pasiones, á nuestra vida fácil y caprichosa, como un salvaje que volviese cansado á su bosque, después de rápida correría por país civilizado.

Y así continuamos por algún tiempo, con la conciencia adormecida, no muy descontentos de nosotros mismos, arrojando con los recreos y el trabajo, cualquier tentación importuna de empezar de nuevo; hasta que un día, excitados por la música, felices por una fortuna inesperada, salidos del peligro de una desgracia de familia, enternecidos por el acto

generoso de un amigo, sorprendidos por el remordimiento de una accion indigna, nos hemos dicho:

—¡Probemos otra vez! ¡Aprovechemos la buena ocasion! ¡Valor!

Y á nuestra voz se han unido otras cien voces que salian de la casa donde pasamos la infancia, de los retratos colgados en nuestro cuarto, de un cementerio lejano, de un amigo ofendido, de nuestros amigos predilectos, de una flor seca escondida, de un cuadro contemplado muchos años ántes; y todas á una, nos han repetido al oido, dulcemente:

—¡Valor! ¡Prueba otra vez!

Y nos hemos levantado al día siguiente con un nuevo propósito..... que tuvo el resultado de todos los demás.

¡Qué libro escribiría cada uno de nosotros haciendo la historia psicológica de todas las empresas de esta naturaleza, que ha intentado [durante su vida] Primero las de la infancia, nacidas de la ternura y de los terrores religiosos; las de la adolescencia, concebidas en la exaltacion del primer amor; las abrazadas por furor de grandeza, en la juventud, cuando se cree todo posible á la naturaleza humana; las de la edad madura, intentadas sin entusiasmo, solo por deseo de paz interior y con la esperanza de encontrar más satisfaccion en el bien que en el mal....!

Pero convendría decirlo todo, aun la puerilidad y la extrañeza que la acompaña, las victorias y los reveses registrados día por día en un libro de memorias, los tipos ilustres tomados como modelos, los preceptos compuestos por nosotros y grabados en la memoria, el perfeccionamiento del alma conducida al paso con ciertas reformas austeras en la vida material, la ejecucion de nuestros propósitos demorada por cierto tiempo, durante el que nos hubiera sido imposible renunciar á ciertos placeres del despecho ó de la venganza, ó fijada para ciertos días propicios, despues de ciertos sucesos, que nos hubieran dado un empuje y allanado el camino.....

¡Pobres propósitos! Desde la primera juventud se han ido haciendo más modestos y más raros.

Queríamos al principio combatir de frente y al mismo tiempo todas nuestras malas pasiones; despues nos contentamos con intentar domarlas una á una; luego nos limitamos á intentar extirpar una sóla, corregir un defecto único: retocar el alma aquí y allá, en vez de rehacerla. Algunas veces persistimos durante varias semanas; otras, las resoluciones tomadas por la mañana, se han evaporado á medio día; en ciertos casos, hemos conseguido levantar el vuelo y describir un arco bastante alto, por encima de nues-

tras miserias, y en las últimas pruebas no hicimos más que alargar el cuello y sacudir las alas.

Y hemos llegado ahora á aquel período de la vida, en que, la mayor parte de los hombres, perdida toda fé en sus fuerzas, no hacen ya ninguna tentativa.

Pensando en el tiempo en que hacíamos aquellas pruebas, experimentamos cierta maravilla por nosotros mismos. ¡Qué lejano nos parece ya aquel tiempo! ¡Cuán ingénuos éramos y entusiastas! ¡Reformarnos! ¡Levantarse una mañana con el propósito de cambiar de alma y de vida! ¡Qué loca ilusión!

Casi no logramos trasladarnos con el pensamiento en medio del mundo moral en que entonces vivíamos y que nos hacía parecer posible semejante cosa. Ahora vivimos así, como vienen las cosas, asistiendo casi como espectadores inertes á la aparición y la muerte de nuestros sentimientos buenos y malos; no fiándonos mucho de los buenos, porque sabemos que los otros les sucederán bien pronto; consolándonos de estos con el pensamiento de que aquellos recobrarán la supremacía á su vez; procurando utilizar los unos para presentarnos al mundo, y de lograr con los otros algun picante placer; reducidos, en suma, á formarnos un concepto de nosotros mismos que se asemeja mucho al desprecio.

Sin embargo, á nuestro estado presente, allá en el fondo, ninguno se resigna. La idea de permanecer toda la vida tales como ahora somos, de no poder subir nunca en la estimación y en el afecto de nuestros amigos, nos es intolerable. Una vaga esperanza de mejorar, de elevarnos, de lograr vivir en mejor acuerdo con la propia conciencia, todos la acariciamos, todavía, secretamente.

No sabemos cómo ni cuándo sucederá esto; pero nos parece que debe suceder: el tiempo nos ayudará, ó la favorable fortuna, ó una desgracia, ó cualquier benéfica amistad, ó algun gran cambio espontáneo y misterioso de nuestro corazón....

Pero otro *yo* debe introducirse en nosotros, más lógico, más bueno, más respetable que el *yo* presente: es la última y la más noble de nuestras ilusiones.

